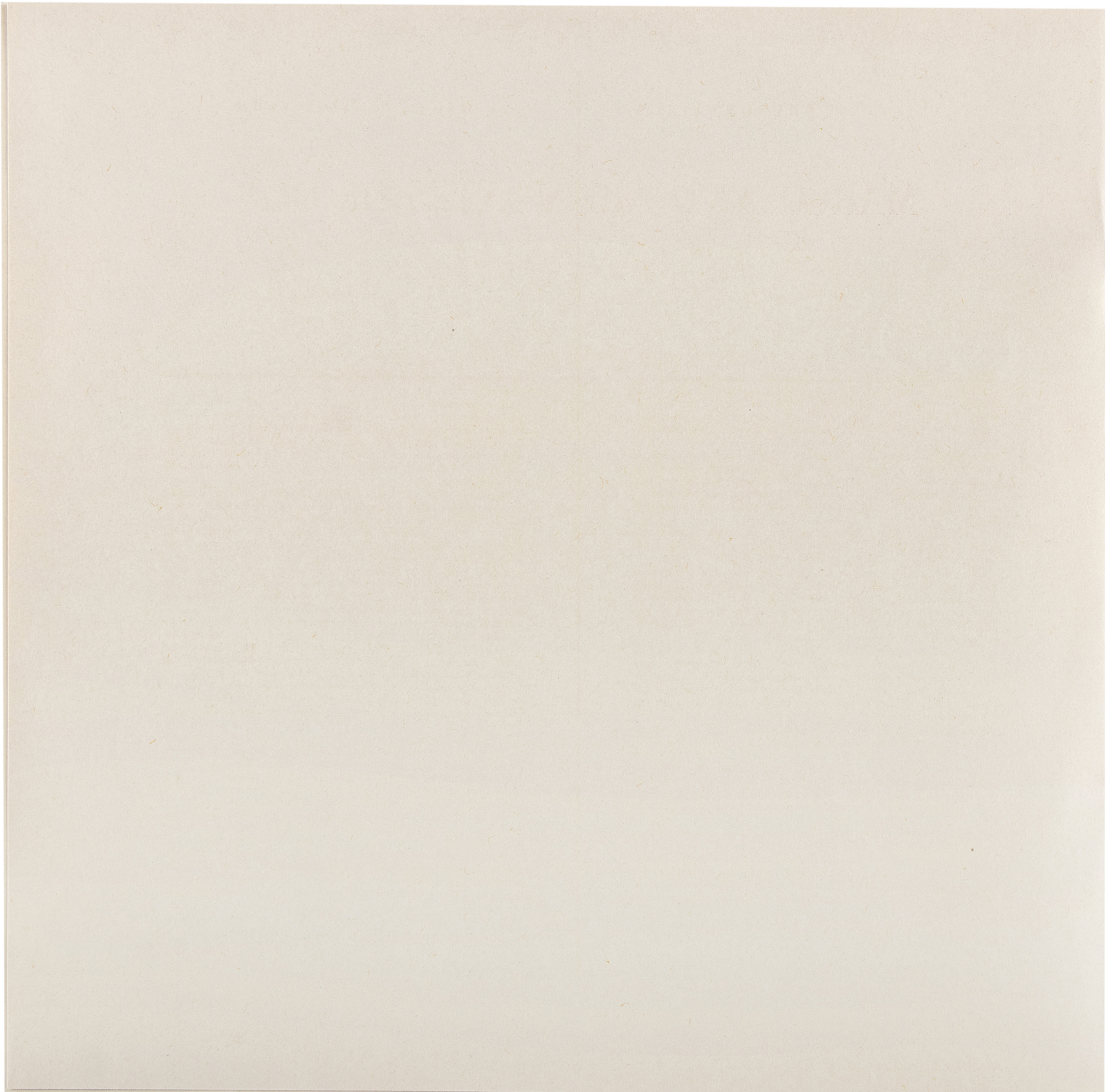


MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



PRESENTACIÓN

Ser poeta o querer ser poeta en cada uno de los pasos del día. Concebir la vida como una flecha apuntada hacia un solo blanco, sin posibles variaciones en su tránsito. Despertar, dormir, comer, copularse, respirar, sentir sed, esperanzas, desesperaciones, saciedad, fatiga, dolor, celos, amores, y dormir de nuevo, y otra vez despertar, todo para un objeto, para la búsqueda de una realización: la consumación del hombre en el ejercicio literario, el sumergirse en la raíz de la fuente de la poesía, para levantarse después en el ramaje de su surtidor aéreo y terrestre. Andar siempre por esas ramas, guiado por el anhelo de escalar la última cumbre, y poder extender, desde allí, sobre la unidad total de las cosas, la mirada comprobadora.

Si a alguien conozco capaz de soportar esa suerte de existencia unívoca, ese compromiso cabal asumido frente a sí mismo, sin límites, ese alguien es Marco Antonio Montes de Oca.

Hace muchos años que lo he venido viendo construirse; hace mucho que he aprendido a mirar, en este hombretón desgarbado, de vanidad infinita y ternura de niño, el modelo del hombre de letras en su mejor pureza. Todas las horas del día, para él, son pretexto bajo el cual la poesía debe ser incubada; para él, también, se vuelven día todas las horas de la noche.

Acaso esto sea suficiente a explicar la naturaleza de su poesía. Poesía diurna, mezclada, compleja. Poesía de lo cotidiano, porque nace del hervor luminoso que provoca la conciencia, porque se desarrolla a partir del tejido simplísimo de los acontecimientos mínimos y fundamentales de sus días de hombre, de habitante, testigo y participador de la tierra.

Pues todo es milagro en la vida cotidiana; para la mirada consciente de que mira, todo es experiencia y alimento sin alternativa de sustitución. Y, en el fondo, todo es un solo milagro y una sola experiencia fundamental. Igualmente significativos son el florecimiento del colibrí y la caída de los huesos o el choque inacabable de dos galaxias desconocidas; y para el espíritu no hay diferencia entre la llama y la nieve o el alba y el sombrero, o el pelo del sobaco angélico y la respiración del águila. Todo en lo profundo es unidad, y reflejar esa unidad, revelarla, es el trabajo solemne destinado a la poesía.

Las herramientas que ésta habrá de emplear para concluirlo, son las palabras. Pero ellas, con el tiempo y con el uso vago e irrespetuoso, se han ido carcomiendo, gastando, han envejecido, han abandonado su virtud de ser comprensibles, se han ido olvidando de

por Rubén Bonifaz Nuño

decir lo que saben, convirtiéndose, por eso, en torpe murmuración de sordos.

El poeta, entonces, como quien le saca filo a una espina, se ocupa en ellas, las vuelve a su novedad primera, les vuelve su oficio de dialogadoras que nombran, las remoza mediante su simple juego de junturas astutas, y, finalmente, se ocupa de ellas y las deja salir, como otra vez recién nacidas, a que superen los niveles del balbuceo y el aullido y se establezcan, clarísimas, en la función anónima del canto.

Montes de Oca, junto con Eduardo Lizalde y Enrique González Rojo, empezó a buscar esa manera de rejuvenecer las palabras dentro de un intento que ellos llamaron poeticismo, y que fincaba su objetivo en la consecución de una expresión clara, compleja y original. En ese tiempo publicó Montes de Oca su primer trabajo conocido, la *Ruina de la infame Babilonia*, donde se desnuda, desde el principio, lo que él ha llamado alguna vez imaginación, ese reino de la poesía que no es sino el acercamiento a la realidad verdadera. De "poema desolado y caótico" lo califica él mismo, en contradicción, evidente, pues poema y caos no han podido nunca existir juntos. Allí estaban ya sus ricos sistemas de relaciones entre las diversas apariencias de la realidad, el germen de sus grandes victorias verbales. Ya iniciaban allí sus palabras la profesión de tropa de esquirols y batallón de choque y tanque guerrero, y las avenidas oscuras principiaban a ampliarse para propiciarles la libertad del despegar definitivo. Y se apuntalaba desde entonces su cólera contra la soledad, y desde entonces se erguía, habría de ir haciéndolo después, siempre más claramente, el carácter no abolible de una esperanza perfecta.

No me ha complacido nunca, al leer un poema, tratar tan sólo de introducirme entre los andamios de la obra previa a la creación literaria. Así, jamás me ha preocupado, cuando me acerco a los trabajos de Montes de Oca, alumbrar en alguna imagen o en cierta actitud las huellas de Eliot o Rimbaud, o la persistencia de determinadas tonalidades, herencia de nuestra literatura indígena, ni me he esforzado por ver a qué poetas sigue o por cuáles habrá alguna vez de ser seguido. Preferí siempre la aproximación directa al poema mismo del poeta, al centro de su inevitable originalidad; y he llegado, así, a *Contrapunto de la fe*, con su búsqueda de la armonía de los contrarios, y a *Pliego de testimonios*, donde la vida se identifica con el amor de las palabras, y a *Delante de la luz cantan los pájaros*, libro donde las palabras se someten y someten al poeta

a la precisa tarea de convencer; y he leído *Cantos al sol que no se alcanza*, cuyos versos se cargan de cólera contra la mecanización del mundo humano, y pretenden la unión de los ojos que miran con su viviente imagen en el eterno espejo metafísico; y en *Fundación del entusiasmo* se me reveló una especie de divinización de la forma humana y de encarnación de la forma divina, y también una manera de amor en el cual la mortificación de la carne se volvía en instrumento para poseer la carne y, por entre la carne, la médula profunda de toda existencia. Y luego, nuevamente, la protesta contra la incomprendibilidad se me hace patente entre las líneas de *Vendimia del juglar*, pobladas de los sujetos de la vida terrestre, que pasarán también a las miniaturas monumentales de *Las fuentes legendarias*.

Más allá de todas las puertas a que he llamado al leer los poemas de Montes de Oca, pude encontrar, cuando me fueron abiertas, en medio de un entrecruzamiento de elementos de presencia anárquica, el hilo guiador que, por vías ajenas a la lógica, conduce infaliblemente hacia el centro unitario del cual nace la diversificación accidental de las relaciones entre los seres. Y en esa almendra de los encuentros esenciales regida por el amor, la dignidad y la conciencia, he podido aprender la verdadera operación del espíritu: aquella que consiste en fundar y en dar orden a lo fundado; en obrar y en comprobar la verdad de la obra comenzada y concluida y recomenzada.

Con los utensilios del gobierno propio, con ferocidad y paciencia, el poeta encuentra y edifica en el tiempo. Y en medio de un instante inevitable, se hace la pregunta: "¿La vida vale la pena de ser vivida?", y a partir de ese instante comenzará su juego implacable y heroico.

Marco Antonio Montes de Oca ha asumido las reglas de ese juego solemne con todas sus consecuencias. Partiendo de la necesidad de hacer un solo cuerpo con la vida y la poesía, por medio de una unificación central, ha alcanzado a conseguir que cada momento de sus días sea acto de posesión y entrega, a la poesía y a la vida, y de una y otra. Se ha construido un tiempo en que el ayer es el hoy y el hoy es el mañana, congelados en un fluir incesante e inmóvil. Su vida se ha convertido, así, en el sitio donde el prodigio ocurre siempre, bajo el peso ingente de una luz innegable. Montes de Oca levanta su verdad interior, y la comprueba confrontándola con la verdad de la existencia de los objetos externos, y de este modo, al mismo tiempo que es la medida de las cosas, consigue que las cosas sean también la medida de sí mismo.

El universo de su realidad poética manifiesta la fusión del agua, el fuego, la tierra y el aire, aparecidos en la perfección de sus combinaciones innumerables, fomentada por un impulso de invención que, en su último extremo, es comprobación, vigilia profunda y vidente. Pues no hay diferencia entre los acontecimientos de la

naturaleza y las acciones creadoras del hombre, y solamente, los seres reales pueden ser inventados.

En resolución: Montes de Oca ha encontrado que la materia es solamente una; que es una presencia unitaria capaz de compartir y alumbrar todas las apariencias, convertidas todas, de golpe, en verdaderas. Y dando un paso más, ha podido probar de esa manera que la existencia es comunidad, comunión irrompible.

La vida es resurrección. Es labor difícil y continua, sin desgarramientos que la interrumpan. Y las palabras son los instrumentos que harán exactamente comprensible y comunicable su gloria inequívoca. Acaso ése sea el sentido que para Montes de Oca adquiere la Gracia: gozo absoluto de resucitar a cada instante, para hacerse dueño de la conciencia inevitable de que está vivo.

Y me explico de este modo el que la temática de la poesía de Montes de Oca, como la de toda poesía, llegue a reducirse a un problema: el de la habitabilidad de este mundo. El poeta, para resolverlo, está obligado a dar a conocer, tiene que justificar. La verdad medular de la vida parece sustentar una red de falsedades, y el oficio del poeta consiste en hacer visible que la verdad no puede sostener la mentira. Y ha de realizarlo sin condescendencias, arbitrariamente.

En ese sentido trabaja Marco Antonio Montes de Oca. Situado frente a la sensible pluralidad, la afirma, la niega, la combate, es vencido por ella, la vence, y coloca la esperanza del hombre unitario como trofeo de esa victoria.

Montes de Oca, en sus poemas, propone una perspectiva para mirar; por medio de imágenes, crea un camino transitable para el espíritu y el cuerpo; un camino que lleva, desde lo inacabado y confuso, a lo claro y perfecto del mundo. Él mismo lo ha dicho con voz memorable: "Cuando entra en acción lo poético, el hombre cuenta con una asistencia especial, con una fuente de prodigios que camina y dialoga junto a él. En tiempos de crisis se deja oír, en tiempos de gloria ella misma es la gloria y el júbilo."

Y ahora, estamos frente al muro de un día común de la vida. Un muro que ni siquiera está lo suficientemente envilecido para revelar en algún modo los secretos de su función y su estructura. Pero la poesía en la sangre del hombre, como una fiebre inmensamente más alta y más honda que la de la enfermedad, nos hará ver hasta la serenidad el conjunto radiante y verdadero del rostro múltiple de aquel muro. Y éste se enjorará con el gozo suntuario de la verdad, y el entrecruzamiento de relaciones en número interminable descubrirá la gloriosa unidad del todo. Y nos percataremos entonces de que en la hora cotidiana está íntegra la gloria del universo, y de que la vida es el único bien, hecho patente por el acto poético, que es acto de pasión, de conciencia y de voluntad. Y sabremos que la poesía más poesía es la que nos entrega, revelado, el milagro perfecto de los instantes comunes.

Rubén Bonifaz Nuño

TEXTOS

CARA I CONSEJOS A UNA NIÑA TÍMIDA

17'27" O

EN DEFENSA DE UN ESTILO

Me gusta andarme por las ramas, no hay mejor camino para llegar a la punta del árbol. Por si no bastara, me da náuseas la línea recta; prefiero el buscapiés y su febril zigzag enflorado de luces. Y cuando sueño, veo frontones apretujados de joyas donde vegetaciones de relámpagos duran hasta que enhebro en ellos conchas tornasoladas en el más profundo gozo. ¡Al diablo con las ornamentaciones exiguas y las normas de severidad con que las academias podan el esplendor del mundo!

Y tú, niña mía, no vengas a lo de ahora en la noche con un frugal listoncito en el corpiño y las manos desnudas. Quiero ver sobre la parva cascada de tu pelo, esa tiara de ojos verdes que hurté para ti cuando el saqueo y la sinrazón tiranizaron mis sentidos e irguieron en el osario las clarinadas del escándalo. Atrévete a venir vestida de exultación y de verano. Y si al pensar en los riesgos te inquietas, no hagas caso: piérdete en cavilaciones sobre la estructura íntima de Andrómeda. Levanta el cuello de tu abrigo. Mira de arriba abajo como una estrella desdeñosa. Y cuando estemos fuera, lejos de este mitin de notarios castrados; cuando tu cauda de vajillas rotas les haya perforado los delicados tímpanos, tú y yo nos complaceremos como nadie en un ramo de flores rústicas.

CONTRAPUNTO DE LA FE
(fragmento)

Vida, en tus manos encomiendo
las generaciones todavía plegadas a mi carne,
el futuro, ensombrecido por la tardanza del colibrí,
las llamaradas de nieve en el diamante
y la coraza de súplicas que protege a la ruina
contra el definitivo polvo.
En tus manos encomiendo al que es silencioso
a pesar de sus palabras;
a todos los que rasgan sus vestiduras hasta el hueso
y batallan y desesperan
entre la rebeldía luminosa de sueños improbables.
En tus manos encomiendo al niño marinero

por Marco Antonio Montes de Oca

que crece cuando le falta piel
para tatuarse el perfil de lo que sueña.

Los ojos del niño

que se abren todos los días por primera vez,
a ti los encomiendo colibrí;
pues no le duele el revés del párpado a la carne viva,
ni el hombre al hombre,
ni la sal a las heridas del mar.

Duélense sí, los niños que vendados por un vientre
contemplan la luna cuando su madre bosteza.

Por lo menos un niño de la familia sufre
y no entiende nada de vigiliadas vacías,
cuando orillado por el sueño masca un rebozo,
o deshilacha un pezón de trapo
en el sofá que doran por igual
sus bucles y el siglo XVIII.

Mas yo no voy a halarte de tus lágrimas,
niño de hueso y encajes;
y a ti, niño sin zapatos ni pan,
voy a tomarte por el lóbulo de la oreja
—asa por donde otros toman tu pequeña malicia—
para extraerte de tu overol,
de ese caracol azul que habitas en las esquinas,
a un lado de la pupila del rico,
profundamente enroscado en tu hambre.

A todos los niños libraré de los espejismos que cortan:
os entregaré un país distinto a cada uno
y luces nacidas en el arco iris
que empapelen de mariposas vuestra carne al descubierto;
os daré juncos altísimos que ahorran caminatas a la lluvia
sembrados en llanuras de espuma apisonada;
ahí podréis golpearos en un cuadril
y montar escobas de rubios belfos
que vayan a buscar cebada al horizonte.

Olvidaré fastuosos convoyes que pasan regando zafiros por el ca-
[mino,
funámbulas imágenes que atraviesan el aro incendiado de mis pu-
[pilas,
pero tú a los niños, nunca los olvides colibrí.

EN EL UMBRAL DE LA PLEGARIA
(fragmento)

Ahora estamos despiertos, ya no permitimos nada, no accedemos a
[nada,

y si una flor desprendida del espino blanco
nos cruza el rostro, acariciándolo con el leve tamborileo
de una mariposa vespertina;
nos echamos hacia atrás, ponemos en guardia todos nuestros enjam-
[bres,

desenvainamos nuestras largas centellas a punto de enmohecerse,
y perforamos con las súbitas uñas el guante de seda.

Ahora el milagro filtra su ser
entre los visillos de un limbo azotado por la ausencia.
Ahora el milagro, como un gran rey que resucita en reino ajeno,
aparece en el ruidoso festín, echa con el pie, hacia un costado,
la capa milenaria, y avanza hacia el trono
saludando a todos con un surtidor ambulante que lanza joyas y per-
[fumes;

salvándonos así del tiempo que nos hería a cadena perpetua,
poniendo en vigor con su sola espada nobilísima,
los tiempos de armisticio.

Mas entre todos los milagros,
el instante que abre su concha cada vez que muere un planeta,
el instante que rasga su verde sarcófago,
y se pone a brillar con todas las calderas del sol a su servicio;
el instante, digo, el invicto instante de la fe,
sí dura, sí existe, sí se inclina peligrosamente
sobre los barandales de talco, sí pasa
como el agua sencilla bajo los puentes podridos,
inaugurando lo creado nuevamente,
sacando de las palomas abiertas relámpagos eternos.
Otras cosas he advertido: la sangre que fue hecha
para ser llevada dentro del cuerpo,
la luna de la mañana,
la luna de la tarde, redonda, helada catedral fundada sobre el vue-
[lo;

el inmutable blindaje con que se defiende lo sagrado,
la pobreza de toda poesía,
el faro cuando sostiene entre los hombros su yema incendiada;
las ebrias estatuas que en busca de su escultor abren la marcha,
la nota pura, en su breve eternidad haciéndose estertor.

HORÓSCOPO ENVIDIABLE

Por el vértigo y para el vértigo se quiebran las tejas de las casas,
los retoños apenas nacidos, los cementerios de veletas.
Se despedazan después fachadas suntuarias,
el huracán arrasa botones de camisa,
nidos, ventisqueros,
plácidas esteras navales que la marea también deshoja.
No obstante, flotaron sin merma edades de las que nadie se acor-
[daba

y yo, nómada entre las poblaciones sin peso
y los territorios inanimados,
gocé de los momentos en que la esposa del amor
tiene para los hombres una intención profunda y dulce;
amé las suntuosas exequias que Dios depara a su universo,
la hora presta a resurgir, a caer
por una espiral de águilas soberbias
y a detenerse en los altos y muelles tazones de los nidos,
donde hemos de beber algo más que lo mejor del vino.

ESTE IDIOMA...

Este idioma brutalmente virgen
y no catequizado
que sin pasar por la palabra
salta desde el aullido hasta el canto;
este aire tan delgado
que avanza por los rulos del sibarita sin tocarlos;
este aire tan ancho como el aire
es mi tropa de esquiros, mi batallón de choque,
mi sonaja para defenderme de los bieldos,
mi tanque guerrero para cruzar las avenidas de alacranes.

Este idioma no catequizado
dirime a besos y estocadas mis asuntos;
cien años de vivir lo hicieron una rosa,
una rosa y un testigo, un ojo abotonado
en la cerradura de las civilizaciones nacientes y caídas.

Es un idioma de amantes encerrados en la aurora,
una escafandra al rojo blanco
que sube a los postes sin alumbrado;
algo sin silencio ni palabras,
en esencia repentino,
como la erupción del ser en la palma de la mano
o un barco transportado al mar en la comba de sus velas.

Este idioma es sólo mío
cuando contiene lo que el cristal contiene
cuando el hombre se desmaya y refluye
como un tronco o perfumado cetro
hacia la mano que empuña la creación entera.

Y eso es cuanto sé del idioma brutalmente virgen
y no catequizado, que va desde el grito hasta el himno
rozando apenas las palabras.

ATRÁS DE LA MEMORIA

De hinojos en el vientre de mi madre
Yo no hacía otra cosa que rezar,
Por la grieta de su boca perfumada
Alguna vez el resplandor externo sorprendí;
No estaba yo al corriente de la realidad
Pero cuando ella sonreía
Un mediterráneo fuego se posaba
En el quebradizo travesaño de mis huesos.

Era el impredecible amanecer de mí mismo
Y en aquellas vísperas de gala y de miseria
Pude oír el eco del granizo
Tras la nerviosa ventana carnal;
Arrodillado estuve muchos meses,
Velando mis armas,
Contando los instantes, los rítmicos suspiros
Que me separaban de la noche polar.

Pronto empuñé la vida,
Con manos tan pequeñas
Que apenas rodeaban un huevo de paloma;
Jugué a torcer en mil sentidos,
Como un alambre de oro,
El rayo absorto que a otra existencia me lanzaba.

Cabellos y piernas con delicado estrépito
Saludaron el semáforo canicular.
Entonces halé hasta mis labios
La cobija de vapor que yo mismo despedía
Y me dormí en la profunda felicidad
Que uno siente cuando conoce el aire.

REDENCIÓN DE LA NOCHE

Tórnase la noche imperdonable crimen
Cuando a solas, de espaldas al estío,
Osamos contemplarla.
Es crimen y es imperdonable
Aunque los pájaros de piedra
Sean todavía pisapapeles
Para que la fe y el vigor,
En la quinta estación,
Nunca se nos vuelen.

No importa que en la devota mano
Germinen las bengalas,
No importa si el cabello ágil y desnudo
Aún baila en la pulida terraza de la frente:
Vivir la noche a solas es el crimen
Donde el insomnio ceba la ira
Y libera insaciable sus colmenas.

Oh palabra, hablo de ti contigo,
Aún buscamos juntos lo imposible:
La jauría revoloteante
La bandada que serpea.
Ahora te digo: "Desenvaina tu estela,
Elévala del mar como una espada,
Húndela después en las costillas de los astros
Para que derramen la simiente de sus chispas
En el aireado surco,
No demasiado lejos
De los que ven la noche en compañía."

Por la ventana caminan gusanos de agua,
El venado asila en su ramaje
Una hoja laminada en el crepúsculo:
Es verdad, la noche más espléndida,
Se vuelve un crimen cuando la vemos solos.

BAJO LA TÓRRIDA CEREMONIA SIN ECLIPSE

I

Eres la estrella de mar sembrada en el cielo raso
El invisible metal cuyo único peso es su nombre
La ola en hombros del trigo
El agua plural y antepasada
El astro lapislázuli
El astro verde veronés
El astro amarillo iluminado
El astro que al encenderse pierde los colores
Y la alcoba del otoño
Durante las tres estaciones en que el otoño no aparece
Eres el salmo irreprimible
Que yo entono cuando pasan las tapias
Con su bello uniforme bugambilia

Eres el casquete polar manchado de rosales rojos
No en vano rompes al nacer los cascarones de rocío
O divides en gajos
La piedra sin fisuras el monolito centenario
No en vano brillan en tus senos
Los ojos quemados de la cola del pavo real
No en vano te cortejan resplandecientes los penachos
Oh dueña total de mi lado izquierdo
Querida ausente que estás entre mis brazos
Querido surtidor cuyas gotas no regresan.

V

La fe no puede
El júbilo es lo que mueve las montañas
Mira cómo riego por el cielo puños de arena diamantada
Mírame subir entre los árboles de inmenso gas
Y predecir desde ahí la variada lumbre de tu arribo
Mira cómo te da la bienvenida el pino esbelto
Moviendo apenas el más alto de sus pájaros
Es hora ya de que me abrace
Las lilas han cambiado de color
Y yo te entrego la inhallable especie de granizo
Que golpea adentro del cristal
Abrázame te digo
Pulpo de seda
Espiga
Dulce espiga con granos de granada
Siempre intacta siempre repartiéndose
Mientras crece el fulgor
En las pintadas hostias con que vuela esa libélula
Y te diriges hacia el más acá
En tu alfombra de hortensias deshojadas
Al llegar a mi pecho te detienes
Viras hacia el sur porque el sur te solicita
Aterrizas
Humanizas en un espejo lapidado por un lago
Y saltas de una cordillera a otra
O creces hasta el punto luminoso
En que ya no puede el albatros
Rodearte con sus alas
Tu traje está vestido de azogue y de verano
Entre la lluvia tus lágrimas son claras y distintas
Abrázame te digo
Que yo duerma en brazos de la contradicción más pura
En la hoja cuarteada y unida por sus nervaduras
Y despierte luego como el heraldo redivivo
Que lucía en la frente la fresca escarapela de una bala
Y me levante a velar mis dulces armas
Hasta que un día por culpa tuya
Aprenda yo a cantar como hace falta.

XVIII

No volverás a mi mano bumerang florido
No ahora que los ríos de sudor drenan la topera abandonada
Y el impaciente meteoro
Cava en un segundo su propia fosa
No volverás mientras los invitados enseñen
Pesados rostros de arena
Que ningún simún puede levantar
No ahora que la hidra del insomnio

Responde a cada tajo con una cabeza nueva
No ahora sino mañana
Día de reyes que no registra el calendario
Mañana
Cuando la ciudadanía del milagro
Ya no sea tan dudosa en nuestras bocas
Y los balandros extiendan la capa de sus velas
Para que de inmensidad a inmensidad
Pase la reina que tú eres
Volverás y yo te recibiré
Como recibe el avaro
Una pluma y otra pluma hasta completar un águila
Rombo tras rombo hasta vestir un arlequín
Sueño tras sueño hasta inventar la vida
Selva sobre selva
Hasta componer un ramillete
No volverás ahora
Volverás cuando la sangre inocente remueva los tatuajes
Cuando las tanagras que hoy entierro hasta la cintura
Sean estatuas fogosas y elocuentes
Hasta entonces volverás a mi mano
Bumerang florido
Azor maravilloso.

CARA II CICLO
17'18"

Un resplandor un trueno y luego nada,
Hastío tal vez
Preocupación por tu cuerpo que no llega,
Vigas en el ojo ajeno y en el propio,
Cierta pantera prensada como flor
Entre las tapas ardiendo de la noche y del limbo;
Acaso tú
Mojada fabulosamente en la esperanza,
Quizá los anillos
En los que un planeta baila sin hallar salida;
Un resplandor
Un trueno sin relámpago ni víctimas,
Un harnero en el pecho
Que sólo deja pasar el oro molido del recuerdo
Y luego tú, blanco aluvión
Que miras en la hora de las visitaciones
La torre que para dormir
Ha de volverse escombros,
Plegaria desnuda,
Sollozo alargado hasta el alba por el viento
Y un resplandor
Un trueno
Y luego nada.

A BAYONETA CALADA

Llegan las primeras oleadas del pueblo
A encender con sus fuegos nada fatuos
La mecha de mis cicatrices.
Desanda el estambre
La torturada extensión de los ovillos;
Prodigiosamente se aclara el agua
Y los frutos del muro de las nieblas
A bayoneta calada son mondados.

Tienen los gorros frígios
Color y forma de corazón;

Tiene hoy la luz un mirar sesgado,
Algo de rayo torvo que ya no se fía de nadie:
Adelante pues, enjambre de carne escarnecida,
Pueblo que puedes tomar al mar por una punta
Y agitarlo como un inmenso pañuelo enamorado.

Porque tuya es la hora, tuyo el maíz;
Tuya la razón que busca rostro,
Estatura y proporción
En la cumbre de tus reforestados hombros.

¿Quién como tú excava nubes sonámbulas
Y penetra las avarientas lejanías de Antares
Hasta encontrar huesos de aeroplano?
¿Quién medita, sueña o sangra
Y baja las gradas del sulfuroso apocalipsis
A elegir su vocación de altura,
El color adecuado
A los centelleantes ojos de la vida?

¿Quién si no, quién sino este pueblo ardido en mil vorágines,
Se levanta de raíz, con la corte celestial
Por ayuda de cámara,
E inunda con su hisopo de sonrisas
Las regiones que el sueño no presiente,
Los cipresales que hoy se visten
De un clarísimo verde,
En nada parecido al antiguo tono luctuoso?

Pueblo, toma lo que necesites
Del ladrón que te ha robado:
Aire y herramientas,
Aceites frescos para tu cuerpo joven;
Galaxias de harina para tus despensas,
Habitaciones, libros, espadas, dinamita;
Lirios y hortalizas;
Los goznes que te hacen falta
Para ser la puerta de la historia.

AUGE Y DESTRUCCIÓN DE UN HECHIZO

Por un momento el tiempo suspende su peregrinaje, se libera, abre una tregua, funda cabezas de playa en el silencio y ya no lo fustigan más las ruinas enamoradas del presente.

Es tan unitaria la visión, de tal modo se ha trabado lo que existe con sus picos, ruedas, garfios; de tal modo la centelleante esfera subsume en su seno la variedad de los seres que, si en este momento el quetzal se desprendiera de esa rama desde la cual su esplendor pontifica, se llevaría tras de sí, atado a su más larga y recia pluma, el aire entero.

Inmóvil como un huevo en su ceñida copa, la realidad encalla en los párpados de una adolescente. Entre el marco de una caperuza de lino, su rostro se vuelve pantalla donde un Dios amigo narra sus desvelos mientras escancia luz en los vasos que el cemento ha dejado libres.

Mas de pronto se rompe la tregua. Se inicia el deshielo de toda esta inmovilidad magnífica. La historia, adormilada aún, entra en escena, pregunta por su papel, azota con cables de alta tensión a los personajes que no se mueven con la requerida viveza. El hada y su séquito de campánulas, a querer o no sufren exilios parecidos al definitivo de la muerte.

Y en este éxodo de las substancias milagrosas yo quisiera ser un factor recuperativo, un dique eventual; mas la marea sacude el frágil promontorio y se levanta y me sobrepasa y rompe el espejismo en miles de cristales sangrientos. Con imponente paso la realidad entra en acción.

LAS MANOS

Amo estas manos. Destinadas por Dios para concluir mis muñecas, también son las privilegiadas que te acarician y tañen. Ante unos ojos las desperezo. Elevo el dedo meñique, tallo para la luna, espiga rematada en coraza de cal. Elevo otro dedo, el cordial, y, ya con ambos en movimiento, diseño para mis hijos, en un muro de pronto habitado, animales de vívida sombra. Los niños se asombran de que existan burritos negros capaces de correr por llanuras verticales, por la escoriada pared donde hasta hoy sólo moscas han reinado. Ellos están contentos de ver unas manos que contienen tantos animales como el Arca de Noé. Con esas manos entreabro el higo más dulce; cojo el pez en la curva de su rizo relampagueante. A veces mis manos llegan a juntarse tanto que entre ellas el cadáver de una plegaria apenas cabe. A veces las arrojó al espacio con tal ira o alegría, que no me explico por qué se quedan enclaustradas en el ademán; no me explico muy bien por qué no vuelan.

CIERTO PAÍS

En cierto país (conocido por mí desde su edad larvaria, cuando apenas era en el mapa un punto rojo y vehemente), los habitantes una vez al año, emprenden viaje masivo hacia las estribaciones del monte Zeta. Al frente van niños muy fuertes conduciendo a los hombres en vistosos palanquines. Las mujeres, protegidas con sus cascos de seda, limándose las uñas siempre más largas que un cuchillo de caza, cierran la marcha. Su misión es la de fortificar la retaguardia por si alguna pantera intrusa pretende apoderarse de los hombres, elementos demasiado pasivos y, por ende, los más débiles de la expedición. En realidad ya no se confía en ellos. Su temperamento muelle los releva de toda tarea fatigosa. Son tolerados porque aún cumplen funciones reproductoras, indispensables —como a primera vista se entiende— para la sobrevivencia del pueblo expedicionario.

Una vez al año el pueblo conduce su ristra de hombres intensamente debilitados, hacia altares del monte Zeta que ni la misma divinidad ha hollado. Tan absolutamente vírgenes son estos altares que no hay dios alguno instalado en ellos. De esa suerte, los expedicionarios veneran a un no dios, a un ser que no los protege, pero se conserva impune ante la blasfemia porque nunca ha existido.

Cada cinco de marzo la extraña caravana cruza de ida y vuelta el universo. Por el camino cuecen alimentos sobre flores amarillas pues ahí no se conoce el fuego natural. El verano, un prodigioso verano que se sigue de frente y devora las estaciones restantes, abandona el valle apenas un minuto por cada veinte siglos transcurridos. Cuando esto sucede, monarcas hembras sufren su menstruación de estrellas; sus cabellos tórnense agitadas sierpes; el descontento de piedras cósmicas pone a las fuerzas soterradas a punto de erupción.

Como antes se dice, el caos dura apenas un minuto y el temblor universal es tan leve que los cuadros de las paredes ni siquiera violan el mandato de la simetría.

Yo conozco ese país. No es irreal ni verdadero. No tiene ubicación ni deja de tenerla. Pero mis dedos, severamente desyemados y ardidados, son la constancia de que existe.

ALFA Y OMEGA

I

Encadenado a mi sangre libre
Con grilletes de campanas
Entro a mi siglo
Por la puerta palpitante de mí mismo
Y camino descalzo
Por un archipiélago de almohadas
Hacia la radiante oscurana del origen.

Atrasa la lluvia sus relojes
La dinamo salvaje retatúa su eje en la pura turbulencia
Presente voy a estar en el presente
Dulce relámpago que ya conservo
Como un cabello en la cartera
Y cuya claridad encarnizada me persigue
Y acampa sobre los instantes
En que los labios la leche y el mundo
Bajo un cielorraso de gaviotas
Estaban acordados.

Oh rubores oh límites sentidos
La piel ausente es la que duele
Todos saben que el universo cojea
En busca de sandalias
Y que ya puede el amor revalidado
Padecer todas sus cuaresmas en una sola hora
Reinar ampulosamente
Sobre las aves que lo refrescan
A semejanza de cantantes abanicos.

Voz mía
No te desampares creyendo que el canto
Es asunto exclusivo de los dioses
No cantes si tu loa sólo enciende
Lumbraredas habituales
Sirve a las lluvias
A los henchidos recados de los hombres
Y que el fuego graneado no tenga piedad de ti
Y que tu poder ayude al niño
Cuando inútilmente se ajusta a un seno seco.

No erosiones la desprotegida carne
Salva al águila que en la distancia se derrite
Somos uno con los caídos
Y con los que aún no se levantan
Somos un dorado uno
Un adán de múltiples cabezas
Al unísono aullamos si el irritado cielo
En los hombres vuelca su caldero de luces desfondadas.

Voz mía
Punza aquí desgarras allá
Recuerda que el hombre dormido es hombre muerto
Punza aquí desgarras allá
Con tu himno que suda promesas ya cumplidas
Ataca a golpes de ariete
Las yemas de los dedos
Y dale al osario
La certeza que la médula otorga relumbrando.

En el pecho nace un escapulario de vivos pétalos
Una fe un horizonte
Una veleta de hojarasca

Un rehilete que aviva sus rotaciones
Entre el aliento cruzado de los moribundos
Una granada nocturna cuajada de turquesas
Un viento que hace caminar las huellas
Y levanta de manos
Aletargadas cicatrices.

Yo encomiendo a mi garganta
El sabio alarido que desgrana
Todos los fotones de la transfigurada nieve
Y el nuevo clima que levanta lirios
Más altos que arbotantes
Y la caspa amarilla
El polen supremo de la anunciación
Que cubre los hombros del abeto.

Yo propongo
Que el pavorreal tense su plumaje
Y dé vueltas como un radar ceremonioso
E hipnotice la luz arisca de los rascacielos
Con los innumerables ojos de sus plumas
Propongo que lleguen bonanzas y despeñamientos
Y que el sediento coma sus mazorcas de rocío
Y no quede lugar donde guarecerse
De la terrible invasión del sol.

II

La tierra arteralmente despeinada
Por los mandobles de la fiebre
Sueña en el príncipe azul de otras semillas
Y colma la planicie de imprevistas mansiones
Y de patios que se abren o vuelcan
En la secreta espiral de una rosa amarilla.

La humanidad se exalta por parejas
El fuego y nada más que el fuego
Establece en las áureas babilonias
Exorcismos y purificaciones
Topacios que guñan desde la frente de los ídolos
Y que se pegan a infantiles manos endulzadas.

No hay que esperar la última gota
Si el fondo del cáliz
Ya se ha coagulado
Soy yo el que tiene prisa
Porque algunas burbujas de jabón y oro
Consigan perpetuidad dentro del vidrio
Tengo prisa por no sentir ninguna calma
Y por leer de corrido
Ese libro de paginación rizada
Que es cada crisantemo.

Escamas de morado resplandor
Hieren por el mango a los cuchillos
Y quien no encontró salida o refrigerio
En la habitación de ningún muro y tantas puertas
Se despeña hoy corriente arriba
Patina por el terraplén ajedrezado de muerte y vida
Y saluda la suprema iridiscencia
Quitándose el guante de la piel.

Lo celeste aprende a no volar
Reaparece el reino de la mirada fija
Iluminando lo cerrado absoluto
Lo cerrado que encuentra en la poesía llave maestra

Y ecos ágiles de azogue
Banderines de cabello exaltado
Rincones de pasión
Llevados en andas al exilio.

PENÉLOPE

¿Aún son tus manos
Las dulcísimas arañas
Que suben y bajan por los hilos del arpa,
Y no descansan si antes no vacían de todo fruto
El nervioso follaje de la música?

No quiero otra cota de mallas
Ni más red aérea,
Que la tejida por ti como defensa
Contra las cuevas encapuchadas
Con el sudor del calamar
No quiero tampoco ese porvenir
Tasado en un millón de ojos de oro
Y que relumbra en la agujereada alforja
Donde las metáforas sobrenadan
Como un océano de chispas con alas.

Entre los hombres te dejé
En prenda de que mis himnos iban a volver,
Oh fastuoso rehén por cuya causa
Mis charcos murmuran sus sueños de escalera
Y se arrodillan mis raíces,
Cuando destituyo prostituidos trapos como insignias
E implanto vírgenes fuentes que tremolan
Sin tatuaje alguno.

Por eso pregunto si esas manos tuyas,
Que hilaban e hilaban sin cansarse nunca,
Corren todavía en el telar
Como agua por los surcos,
Como descalzos átomos en la pradera inextinguible.

Por eso inquiero por el espigado minuto
Que no tiene los instantes contados;
Por las soberbias predicciones
En trance ya de encarnación:
Por tus manos, Penélope,
Que me aluzaron cuando nada veía
Y que esmaltaron de caricias
Radios lunares
Más grandes que los cuerpos.

El suelo está volando.
Ahí donde terminó mi verdugo también perece.
El porvenir se mide en minas,
No en quilates;
En deslumbramientos,
No en destellos que se interrumpen
En la verdeante alambrada de una zarza.

Tú lo sabes, Penélope,
Cuando sus vuelos no son postizos
El hombre se llama ángel;
Cuando su corazón queda zurcido a los portones sin aldabas,
Hay que llamarlo amante;
Heraldo de sí mismo,
Testigo fijo y de sol a sol
Si el brillor de sus trompetas
Estremece el umbral de lo que va a nacer.

IMPRESO EN MEXICO  IMPRENTA MADERO, S. A.